

Mes de la Mujer

Ciclo de encuentros *Mujeres en y con la Biblia*

Hna María Inés Castellaro y padre obispo Roberto P. Álvarez

Perfume de mujer: desborde de amor. Una conversación entre dos mujeres y Jesús.

(Jn 12,1-8 y Jn 20,1-2.11-18)

El primer día de la semana, de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que la piedra había sido sacada.

Corrió al encuentro de Simón Pedro y del otro discípulo al que Jesús amaba, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.

María se había quedado afuera, llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies del lugar donde había sido puesto el cuerpo de Jesús.

Ellos le dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras?». María respondió: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Al decir esto se dio vuelta y vio a Jesús, que estaba allí, pero no lo reconoció.

Jesús le preguntó: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?». Ella, pensando que era el cuidador de la huerta, le respondió: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo».

Jesús le dijo: «¡María!». Ella lo reconoció y le dijo en hebreo: «¡Raboní!», es decir, «¡Maestro!».

Jesús le dijo: «No me retengas, porque todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: "Subo a mi Padre, el Padre de ustedes; a mi Dios, el Dios de ustedes"».

María Magdalena fue a anunciar a los discípulos que había visto al Señor y que él le había dicho esas palabras."

Soy María Magdalena. Había terminado hacía poco el descanso del sábado. En el día de la pasión no hubo tiempo para completar los ritos fúnebres; por eso con un corazón lleno de tristeza, en ese alba, en esa madrugada del primer día de la semana, cuando las cosas no se ven aún con claridad y se camina a tientas, fui a la tumba de Jesús llevando los perfumes. Caminaba en esa oscuridad, pensativa, insegura, pero con una convicción muy fuerte en mi corazón: estoy enamorada, muy enamorada de Jesús. Desborde de amor. Yo siempre había acompañado a Jesús desde Galilea poniéndome a su servicio.

Se trata de un amor místico, profundo, histórico, de presente y de futuro, que la lleva a sintonizar con esa joven del Cantar de los Cantares cuando dice: "Me levantaré, y recorreré la ciudad. Por las calles y las plazas buscaré al amor de mi alma" (Ct 3,2). ¿A quién busco? ¿Qué motiva esta búsqueda? ¿Dónde busco? ¿Con quién: sola o con otros?

Sólo el enamoramiento de Jesús permite que un hombre o una mujer puedan caminar en la oscuridad sostenidos por la fe. No importan las piedras a ser removidas, ni los peligros que amenacen en el trayecto. El amor se vuelve brújula del corazón. ¿Dónde y cómo nace este

amor que permite caminar en la oscuridad? Nace a los pies del Maestro, dejándose curar, liberar, formar, transformar; permitiendo que el Amado cale hasta el fondo del alma, donde nada ni nadie podrá quitarlo. Quien no sabe de amor no sabe andar en la oscuridad, la desolación.

María Magdalena es una buena compañera cuando atravesamos circunstancias de vida sepultada, cuando no sabemos qué hacer ante el dolor de los otros, cuando estamos cerca de gente que vive realidades de desesperanza, que no ve salida a sus problemas, de piedras que se van echando encima y dejan la vida paralizada; cuando ya estamos tentados de decir: «no hay nada que hacer, las cosas no van a cambiar».

No soy una mujer que me entusiasmo con facilidad. De hecho, después de la primera visita al sepulcro, vuelvo decepcionada al lugar donde los discípulos se escondían por miedo a los judíos y les cuento que la piedra fue movida de la entrada al sepulcro. La primera hipótesis que hice, tal vez la más simple que podía formular: alguien robó el cuerpo de Jesús.

Pedro y el otro discípulo se pusieron en camino al sepulcro porque querían constatar lo que yo les había dicho y recorren ese mismo camino. Tal vez no creían en mi palabra. Los dos corrían, buscaban y al llegar, cada uno de ellos ve un poco más de lo que vio el anterior, se complementan por el intercambio de dones: yo vi la piedra corrida, el discípulo amado, el primero en llegar, vio las vendas y Pedro vio también las vendas en el suelo y el sudario enrollado en un lugar aparte.

Así el primer anuncio que María Magdalena lleva no es el de la resurrección, sino un robo que alguien desconocido hizo mientras toda Jerusalén dormía. Es un anuncio preocupante.

Después fui de nuevo, hice un segundo viaje al sepulcro de Jesús. ¡Soy terca! Fui y volví... ¡porque no me convencía! Esta vez mi paso fue lento, muy pesado. Sufría aún más: primero por la muerte de Jesús, y después por la inexplicable desaparición de su cuerpo.

Pedro y Juan se vuelven a su casa y me dejan allí llorando, de pie junto al sepulcro. Vuelvo a mirar una vez más dentro de la tumba y veo a los dos ángeles, pero mis ojos están llenos de lágrimas. Lágrimas cargadas de sentido, de motivación válida y honesta. Son lágrimas de fuego, nacidas del ardor, de la pasión que dejó la memoria de mi Amado. Me sorprende la pregunta de los dos ángeles. Y luego, el jardinero, no sólo me pregunta por mis lágrimas sino a quién busco. Comienza un diálogo.

Son lágrimas que cuestionan nuestras lágrimas. Magdalena llora de amor; no por caprichos personales. Y esas lágrimas no serán ignoradas por Aquel que las causa. La causa de las lágrimas son confirmadas dos veces cuando le preguntan: ¿por qué lloras? Lloro por su Señor. En su corazón no había lugar para la esperanza. La experiencia de la lejanía de Dios conduce al sufrimiento, a la ceguera y una alternativa es llorar el dolor. Y yo, ¿por quién, por qué lloro? ¿Quién ilumina mi desconcierto?

Y descubro el acontecimiento más asombroso de mi historia cuando finalmente él se acerca, me llama por mi nombre: «¡María!». Me conoce personalmente, ¡cuántas veces dialogamos! Se pone en contacto con mis afectos totalmente vulnerados por la pérdida. Toca mis deseos, mis búsquedas. Me sorprende. Y en ese momento puedo entrar en mi interior. Me saca de

esa tristeza, me señala el camino hacia lo profundo de mi ser para descubrirme, reconocermé. Me impulsa a superar mi aflicción desplegando mis propias posibilidades. Me siento amada. Reconozco a mi Maestro, a mi Rabboní. ¡Ahora puedo ver y reconocer la vida que busco!

Soy amada en la integridad de mi vida: todo es acogido en este amor, todo encuentra su sitio. Yo me di vuelta y ahora mi mirada está liberada de lo que creía saber sobre él. Sé que está vivo, siento la alegría, el gozo de saber que él me ama de manera única, irrepetible y que nadie podrá ocupar su lugar en mi corazón.

Cuando descubrimos nuestra propia verdad, cuando nos sentimos llamadas por nuestro propio nombre, cuando nos sentimos aceptadas en la persona que somos, entonces se produce el reconocimiento de quiénes somos y de quién es él para nosotras. Conoce nuestro sufrimiento y desilusión. Se conmueve. ¡Qué hermoso es pensar que la primera aparición del Resucitado, sucedió de una forma tan personal!

Cada persona es una historia de amor que Dios escribe en esta tierra. Cada uno es una historia de amor de Dios. A cada uno Dios nos llama por el propio nombre: nos conoce, nos mira, nos espera, nos perdona, tiene paciencia. Nos ama.

Y al sentirme llamada por mi nombre provoca una revolución en mi vida, la revolución que transformó mi modo de mirar la realidad, con ojos nuevos, con una mirada positiva, que descubre riqueza, valores y no se queda en la queja, culpas, lamentos, críticas. Me di cuenta que la resurrección de Jesús no es una alegría dada a cuentagotas, sino una cascada que abarca toda la vida. Mi vida no está tejida con una felicidad suave, sino con olas que lo cubren todo. Pienso en las desilusiones, en los momentos de fracaso, en el cansancio, en el desencanto que tengo en mi corazón pero, a la vez, tengo la certeza que hay un Dios cercano que me llama por mi nombre y me dice: “¡Levántate, deja de llorar, porque he venido a liberarte!”. ¡Esto es hermoso!

El encuentro con Jesús fue para ella el punto de inflexión en el que su vida empezó por primera vez a pertenecerle, en el que pudo reencontrarse a sí misma. Para ella fue el punto desde el que llegó el orden a su vida, en el que consiguió firmeza y seguridad, en el que se cerró el abismo que se abría bajo sus pies, encontrando en él algo así como un ancla para su existencia.

Si de María, la madre de Jesús, podemos decir que solo vivió para él, de María Magdalena tendríamos que decir que solo vivió por él. Lo que ella podía ser lo fue solo por Jesús. De otros se dice que lo dejaron todo para seguir a Jesús. María no tenía nada que pudiera dejar, solo podía ganarlo todo. Ella no le siguió como otros. Solo sabía que él era el único lugar en el que podía vivir, abandonarse, entregarse.

Y al escuchar el llamado de Jesús, me volví y le dije: Rabboní, ¡Mi Maestro! Me sentí interpelada fuertemente. Es la experiencia vivida entre el Amado y la amada. Es la intimidad del encuentro. Allí grabé en la memoria y en el corazón todos los detalles, incluyendo el timbre de su voz. En ese encuentro vi las cosas claras. Ahora nace la experiencia con el Resucitado. Sentí la invitación a nacer de nuevo. Es lo que marcará y fundamentará el anuncio. Recordé

la frase de la joven en el Cantar de los Cantares que me iluminó: “Encontré al amor de mi alma; lo abracé y no lo dejaré jamás” (Ct 3,4).

El Resucitado, empieza un nuevo proceso formativo, así yo y la comunidad comprendemos su nueva dimensión. Y sigo creciendo, desapropiándome, llevando la luz en medio de la oscuridad, la felicidad que desborda de la experiencia de amor en la tristeza y la esperanza en la desilusión.

Y estoy tan emocionada que me echo a sus pies para abrazar a mi Señor, quiero retenerlo, no lo quiero dejar, lo quiero para mí. Pero Él me dice «*No me retengas, deja ya de abrazarme, ve adonde mis hermanos. Diles que voy hacia mi Dios y hacia su Dios, hacia mi Padre y vuestro Padre*». Él está ya orientado al Padre, y me envía a llevar el anuncio a mis hermanos. Tengo una nueva misión: ir a mis hermanos, manifestar la fuerza de este amor desbordante, llevar el perfume del encuentro. No es un amor que ata, sino que libera. Un amor que respeta el misterio del otro, el tiempo del otro. En el otro hay siempre algo que solo pertenece a Dios. Y me pregunto: ¿Qué perfume les llevaré y dejaré en su corazón?

Y ahora me convertí en apóstola de los apóstoles, misionera, profeta de la nueva y más grande esperanza. Y con un corazón lleno de alegría voy a anunciar y a gritar: «¡He visto al Señor!». ¡He cambiado de vida porque he visto al Señor! Ahora soy distinta, soy otra persona. He cambiado porque he visto al Señor. Esta es mi fuerza y esta es mi esperanza.

La experiencia del encuentro con el Resucitado no se limita a ser una consolación para la persona. Transforma su interior y su corazón lleno de tristeza, descubre quién es ella, quién es Jesús. Él se vale del encuentro personal para expandir la comunión. Jesús nos da siempre una misión: anunciar y compartir el gozo.

Es significativa la transformación de la mirada de María Magdalena la tarde del sábado y la mañana de la resurrección. Ella pasa de la opacidad a la transparencia. Porque sostuvo su mirada a Jesús crucificado, puede ahora recibir del resucitado una luz nueva. La realidad es la misma, pero ella la ve distinta, con otra luz dentro. Mirada contemplativa.

El encuentro, el diálogo con Jesús devuelve María a la comunidad no solo como hija muy amada, sino como hermana de todos. Volvía con unos ojos y unos oídos nuevos, y unas manos también nuevas. Se había bañado por unos momentos en la Luz.

*En la primera carrera, del sepulcro a la comunidad, María va a dar una información; ahora emprende una segunda carrera: volvía de nuevo, pero llevaba consigo toda su vida transformada. Y esa es la buena noticia que anuncia, el gozo que nada ni nadie podrá arrebatarle. El evangelio no lo narra, pero seguro que María lloraría también al final, ya no lágrimas de dolor, sino lágrimas de agradecimiento, de las que curan, de las que conocen que la vida pasa por el sufrimiento, pero que es, a causa del amor, más fuerte que la muerte. **El amor te hizo discípula y su voz te envió en condición de mujer y misionera.***

Cinco desbordes que nos movilizan

En el marco de la Asamblea eclesial y, con anterioridad, en el Sínodo de la Amazonía, el Papa Francisco usó el término “desborde”. Desborde es todo lo que nos conduce más allá de

nuestras miopías y de la pequeña geografía en la que se desarrolla nuestra cotidianidad, aquello que nos moviliza al “más” y lo que posibilita que en nosotros y, en ciertas ocasiones, y a pesar de nosotros, el Espíritu haga su obra, cree, recree, confiera sentido, genere comunidad, movilice a la acción.

En esa línea les proponemos **cinco desbordes**:

a) Desborde de lo germinal. Lo germinal entraña posibilidad, anticipa lo que está por llegar, nos devuelve la fe en el valor de lo pequeño. En estado germinal es posible reconocer nuestro lugar de creaturas y desde él, recrear la confianza y estrenar esperanza. Lo germinal, lo pequeño, nos ubica en el escenario de lo humano, donde la vulnerabilidad no asusta porque es común y se traduce en el lenguaje que nos acerca y hermana. En la lógica de lo germinal, la salvación llega cuando nos sentimos comunidad y en camino; cuando superamos temores y le permitimos a Dios fecundar nuestras esterilidades, hacer posible la vida nueva, pequeña, frágil. La vida que requiere de cuidados y desvelos, de amor desmedido y fe a toda prueba. El desborde de lo germinal nos lanza a abrir los ojos, a afinar el oído y ordenar el corazón, para percibir la presencia sutil y definitiva del Dios que hace nuevas todas las cosas. (Ej.: La mujer joánica en Caná de Galilea)

b) Desborde místico y de la sensibilidad. Poner la mirada en Jesús, reconocerlo como el centro, el sentido y la clave de nuestra existencia. El desborde místico nos conduce a peregrinar al interior sin tregua y al exterior sin excusa. Nos moviliza, nos lanza, nos pone en camino. Nos sitúa allí donde el silencio hace posible que resuene la Palabra, donde la humildad nos permite reconocernos necesitados, donde la fragilidad nos hace recibirlo todo como gracia. Lo místico supone que ejercitemos los sentidos, la capacidad de percibir y nos dispongamos a mirar de una manera nueva. Que escuchemos los clamores, que hagamos eco permanente de la Palabra, acogamos la diferencia y nos dispongamos al diálogo. Nos pone de cara a la cotidianidad, a la libertad y a la gratuidad en el estilo y los modos. Nos invita a elogiar lo pequeño y a reconocernos en lo común. Nos lleva a transformar la rutina de nuestras comunidades y obras, con la certeza de que entre nosotros Dios crea y recrea. (Ej.: La mujer joánica en la unción en Betania)

c) Desborde misionero. El lugar en el que estamos situados lo determina todo, lo que vemos, lo que sentimos, lo que de la realidad nos interpela y moviliza. Sólo el Espíritu nos hará reconocer la urgencia de una vida en salida y atenta a los signos de los tiempos. Dispuesta a escuchar la realidad y a desacomodarse, para que acontezca lo comunitario, lo fraterno, lo radicalmente evangélico. Desentrañar la identidad misionera de nuestra opción nos conducirá a vivir con más sentido y radicalidad nuestra vocación. Nos corresponde abrirnos camino por los territorios de misión, ser presencia y profecía, compañía y cercanía. Con ellos cómo ser hermanos y discípulos. (Ej.: La mujer joánica en la samaritana)

d) Desborde profético-comunitario. Los hechos son un lugar teológico y en ellos Dios nos narra su querer. Nos hemos acostumbrado a convivir en medio de relaciones rígidas y autoritarias, estilos clericales y fundamentalismos excluyentes, afectos invasivos y aislamientos dolorosos. Hay que purificar las relaciones. Este es un tiempo de gracia para la conversión, pero nos exige aprender a situarnos, reaprender el arte de la relación y caminar hacia un nuevo modo de ser Iglesia, más sinodal, más fraterno, en el que hay lugar para todos.

El hoy de nuestra Iglesia nos exige ejercitarnos en la profecía de lo comunitario, caminar con conciencia de que somos pueblo de Dios. Se trata de volver a lo original del Evangelio y optar por el amor que dignifica. Empeñarnos en la utopía de lo fraterno, es el más auténtico testimonio que podemos dar en este hoy de la humanidad. (Ej.: La mujer joánica en el jardín de la pascua...en la espera del apocalipsis).

e) Desborde *inter*. Es un camino por transitar que nos sitúa en el horizonte de la red, de la sinergia, de las opciones compartidas. Es todo aquello que nos pone en la lógica de lo común, que nos saca de nosotros mismos y nos dispone para el encuentro. Es una llamada del Espíritu que nos abre al don del otro y supone diálogo, abrazo de la diferencia, búsqueda de lo común.

Este es un tiempo propicio, un *kairós*, porque estos desbordes nos impulsan más allá

1) Caminar confiadamente de la mano de nuestro Dios: con la certeza de que Él nos acompaña al caminar en todo lo que acontece. Esta convicción nos conduce a afinar la mirada para contemplar lo fundamental. Estamos llamados a anunciar con nuestra vida a Jesús. Lo más significativo del anuncio es la Palabra que se hace carne y habita entre nosotros. Esa Palabra que cambia nuestros caminos y nos confiere una misión: ser portadores de vida y esperanza.

2) Abrazar lo humano: Humanizar es contemplar a Jesús encarnado y reconocer en Él la plenitud de lo humano. Supone ponernos en el lugar del otro, reconocer su dignidad y favorecer que la vida fluya diversa. Empeñarnos en cuidar de todo lo frágil y germinal. Priorizar las relaciones y el cuidado de la vida.

3) Renovarnos en la esperanza: Nuestra esperanza tiene su raíz en una experiencia, en la certeza de que la vida es más fuerte que la muerte, que siempre hay un más allá. Es el encuentro con Jesús resucitado, el que nos anima, el que nos sostiene con gozo en la espera.

4) Mirar al pobre, escuchar su Palabra y su clamor: para lograr desentrañar qué descubre Jesús, que lo empuja a optar por una existencia pobre como la suya y a aprender del mismo pobre su manera de ver la vida, su manera de ser persona. Escuchar el clamor de los pobres nos moviliza, nos libera de nuestras parálisis y conformismos, nos hace disponibles desde el otro. Tenemos que reinventarnos en atención al susurro del Espíritu y a los clamores del pueblo.

5) Vivir en santidad: es abrazar la humanidad, acoger el don, dar plenitud a los pequeños actos de cada día y entregarse con alegría. La santidad exige una dosis de paciencia y humildad, capacidad de perdonar, búsqueda sincera y constante del querer de Dios. Pero es, sobre todo, exige una mirada fija en Jesús, un oído en el que resuene la Palabra, la oración confiada, el silencio prolongado e intimidad a prueba de consumo y superficialidad. La santidad no se conquista, se recibe por gracia, en el camino, cuando se elogia lo humano y se desentraña sin temores ni prejuicios el potencial de lo comunitario.